

PRESENTACIÓN

ESCUELA Y VULNERABILIDAD

Fernando GIL VILLA

Si intentáramos dividir la exclusión social en distintas categorías, podríamos usar como criterio el grado en que la vida de las personas está amenazada debido a causas relacionadas con la organización social, y por lo tanto, evitables. Si bien la tendencia general en los últimos siglos ha logrado reducir las tasas de mortalidad infantil de forma portentosa, eso no significa que la exclusión social dramática haya desaparecido. En esto sucede como en la otra gran tendencia por la que podría ser juzgado el progreso de la humanidad, la violencia. Las tasas de homicidio en Europa de la actualidad nada tienen que ver con las de la Edad Media. Sin embargo, hay regiones en el mundo donde se mantienen en aquellos niveles.

Estos contrastes son especialmente acuciantes en un contexto global, donde la responsabilidad es inexcusablemente compartida. 8500 niños mueren al día en el mundo por causas relacionadas con la desnutrición. El último informe de la FAO, *El estado de la seguridad alimentaria y la nutrición en el mundo*, correspondiente al 2019, ofrece un dato preocupante. El número de personas subalimentadas en el mundo ha ido en aumento desde 2015, invirtiéndose la tendencia positiva que había comenzado en el año 2000. Las zonas más afectadas se encuentran en África Occidental, África Subsahariana, Asia Occidental y América del Sur. La inseguridad alimentaria aumenta las tasas de mortalidad infantil, como también la obesidad, la otra cara de la moneda. De estos simples

datos podemos deducir tres ideas descorazonadoras: la infancia es vulnerable en todo el mundo –aunque lo sea por causas opuestas–, su vida está especialmente amenazada en amplias zonas del planeta, y allí donde la evolución señalaba mejoras, la tendencia puede invertirse en cualquier momento.

En los últimos años, los informes internacionales han hecho uso del término vulnerabilidad. En el Informe sobre Desarrollo Humano del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo de 2014, el concepto de “vulnerabilidad humana” intenta ir más allá de la típica gestión de riesgos para fijarse en “la posibilidad de deterioro de las capacidades y opciones de las personas”. La infancia, *latu sensu*, formaría parte, junto con las mujeres y las personas con capacidades diferentes, de uno de los principales grupos definidos por los expertos como especialmente vulnerables, en especial a los desastres naturales, el cambio climático y los peligros industriales. Pero la verdad es que también se verían afectados por las fuentes que generan malestar en otros grupos de vulnerables, como los conflictos civiles para el caso de los desplazados forzosos, o las crisis económicas para el caso de los pobres y los trabajadores informales. De hecho, si el número de desplazados supera en la actualidad los 25 millones, se calcula que aproximadamente la mitad son menores de edad. Más de siete millones están en edad escolar. De ellos, más de la mitad no tienen acceso a la educación.

En el presente número tenemos la suerte de contar con un artículo sobre la niños desplazados en las escuelas colombianas, uno de los puntos más calientes de la vulnerabilidad infantil global más difíciles de observar. Como su gravedad está unida al trauma, la negación de su condición, por miedo al estigma, es uno de los mecanismos psicológicos más lógicos, una estrategia que contará con el amparo de los padres, lo cual muestra de nuevo la comunicación de las relaciones sociales de la educación con su entorno social. De este modo, tenemos que el silencio no solo blindo las relaciones de maltrato entre iguales sino que puede cumplir funciones sociales opuestas, blindando a las víctimas potenciales.

Por otra parte, la vulnerabilidad frente a las crisis económicas es tan clara que sitúa la discusión, de hecho, en un nivel superior. El caso de España es claro al respecto. El último informe FOESSA, publicado en el 2019, observa el enquistamiento de la exclusión social en comparación con el inicio de la crisis de 2007. El 21% de hogares con menores se encuentra en situación de exclusión social, unos puntos por encima de la media, lo que significa que los niños tienen más probabilidades que los adultos de tener lastimados sus derechos. En el corazón de esta región vulnerable se encuentran las familias numerosas y los hogares monoparentales –normalmente femeninos–, con cifras de exclusión del 33 y el 28 por ciento respectivamente.

Por tanto, la infancia se muestra vulnerable, al menos a la altura en la que nos encontramos de siglo, en la mayor parte del mundo, no solo en los países más pobres. Eso justifica la aparición de equipos de investigación dedicados a observar, analizar y proponer medidas para evitar que la vulnerabilidad degenera en exclusión social. Tal es el caso del SEVIN (Sociedad, Educación, Violencia e Infancia), un Grupo de Investigación Reconocido por la Universidad de Salamanca que ha tenido el honor compartir los resultados de sus trabajos en el presente número de la revista *Pedagogía Social*.

En nuestro grupo, ponemos un especial cuidado en las atenciones epistemológicas. La casa –la construcción de las teorías sociopedagógicas– debería comenzarse por los cimientos. El primer reto que deben asumir tanto los investigadores como los gestores relacionados con las problemáticas de la infancia es la vigilancia epistemológica que deben ejercer sobre las presunciones subyacentes que condicionan sus trabajos, y que remiten a ideologías sobre las relaciones sociales y educativas que están vivas en el contexto cultural en la que trabajan. En su libro póstumo *Factfulness*, publicado en 2018, Hans Rosling pregunta a miles de personas qué porcentaje de niñas creen que

acaban la Educación Primaria en los países más pobres, el 20%, el 40% o el 60%. La mayoría yerra. Pregunta también qué porcentaje de niños y niñas de un año creen que reciben alguna vacuna en la actualidad, si el 20%, el 50% o el 80% por ciento. Solo el 13% de los encuestados acierta. Pero lo más curioso es que algunos premios Nobel e investigadores de ciencias de la salud obtienen resultados peores que la media. Es como si la conciencia de los problemas sociales aumentara el pesimismo produciendo una deformación profesional que podría tener efectos negativos.

En el artículo sobre mitologías del Bullying del presente número, se insiste en esta advertencia. Algunas de las creencias más admitidas entre los investigadores provienen de la asociación de variables que proceden de correlaciones estadísticas pobres. Su exageración, sin embargo, cumple una función: ofrece explicaciones simples –las cuales, por su naturaleza, se pueden transferir más fácilmente al público–, sobre problemas complejos, como es el de la violencia en general, y el de la violencia escolar y entre iguales en particular. Las cadenas causales simples generan creencias que se luego se acomodan a las ideologías políticas y pueden tener efectos discriminatorios, como cuando se piensa que la pobreza es un semillero del maltrato o los maltratados se convierten en maltratadores. Puede que haya padres que cambian a su hijo de centro si consideran que en el mismo hay niños inmigrantes cuya compañía podría ser peligrosa. O puede que alguien descarte como posible compañero sentimental a alguien que tiene “antecedentes”, no ya como maltratador, sino como víctima. Mientras tanto, factores como la organización escolar, las leyes de enseñanza que establecen determinados currículos y sistemas de evaluación, o las relaciones sociales de poder entre los actores escolares, están lejos de ser considerados sospechosos del acoso escolar y, en general, del malestar de los alumnos con la educación recibida. Solo una “filosofía de la sospecha” podría considerarlos dignos de investigación, como la que se desprende la sociología de la educación crítica o de la pedagogía social de corte freiriano que insiste igualmente en fomentar el pensamiento crítico rebasando las opiniones más compartidas que explican nuestros problemas cotidianos.

Si el sistema educativo trabajara la afectividad y la compasión, si promoviera la solidaridad insuflando el contacto directo con el medio ambiente y los problemas estudiados, investigando el sufrimiento de otros niños o de otras personas, y cuando fuera posible, a través de testimonios directos, probablemente habría menos episodios de violencia entre iguales.

La comparación inicial entre las tasas de la mortalidad infantil y las de homicidios sirve para algo más que para una reflexión general sobre las deficiencias del progreso de la humanidad. El bienestar infantil viene limitado fundamentalmente por los derechos básicos pero también por la violencia. Ambos ejes configuran el plano central sobre el que se dibuja el mapa de la vulnerabilidad social. Y uno de los puntos de intersección donde se conviven, donde mejor se puede observar su retroalimentación, es el acoso escolar. El acoso escolar refleja, de un lado, las carencias del sistema educativo, pero de otro, las carencias del sistema social en el que se inserta. Los problemas de convivencia en el centro remiten a los problemas de convivencia fuera de la escuela. Esa conexión constituye, de modo específico, el objetivo tanto de la sociología de la educación como de la pedagogía social. La feliz cooperación, que puede rastrear también, como sugiera la lectura de este número, a nivel epistemológico, es la única manera de mejorar los instrumentos y estrategias de intervención basándose en diagnósticos certeros y complejos.

La violencia entre iguales está menos investigada en algunas disciplinas y en algunas metodologías. También en algunos sectores que son especialmente interesantes en las sociedades modernas multiétnicas. En España hay pocas investigaciones sobre el bullying étnico, y dentro de ellas, hay menos todavía sobre grupos que son globalmente cada vez más importantes, como los niños y niñas chinos. El artículo de David Doncel y compañía cumple, en este sentido, un importante papel, pese a su reducida muestra, como estudio pionero en la materia. Los investigadores han sido capaces de desvelar los discursos de niñas y niños chinos adoptados, alumnos de la ESO. Las redes de apoyo familiares, debido fundamentalmente al alto estatus de los adoptantes, consiguen mantener en jaque la amenaza del acoso. Esta comienza como un fuego ligero, tomando la forma de comentarios despectivos e insultos a lo largo de la trayectoria escolar, sobre todo al comienzo, que desestabiliza en ocasiones a las potenciales

víctimas. Estas son conscientes de su vulnerabilidad en todo momento. Los resultados permiten concluir que las diferencias étnicas, sobre todo las que tienen que ver con el fenotipo o la lengua, pueden actuar de activadores del maltrato. Allí donde las redes de apoyo fallen –fundamentalmente la familia pero también el grupo de iguales, sobre todo en los últimos estadios de la educación obligatoria– la vulnerabilidad aumentará hasta abrir las puertas de la exclusión. Una separación de los padres vivida de forma especialmente dolorosa o una crisis económica igualmente importante, aumentaría las probabilidades de estos niños de sufrir acoso escolar.

Un aprendizaje que genere satisfacción en el alumno puede realizarse a través de pedagogías lúdicas, pero el propio juego puede usarse también como material en la prevención específica del bullying. De hecho, buena parte de los profesores de Enseñanza Básica y de los llamados Educadores de infancia entrevistados en Portugal por Cátia Vaz, están de acuerdo con su uso. Por cierto que la autora tiene patentado, en portugués y en inglés, el juego *A Brincar e a Rir o Bullying Vamos Prevenir*. En el artículo sobre la infancia en la ciudad de Zamora, los menores entrevistados, pese a reconocer el contexto relativamente privilegiado local, en términos de seguridad y derechos, son capaces también de echar en falta una educación para el ocio, una mejor coordinación de los servicios municipales, y una atención a los grupos más vulnerables, como la etnia gitana o los niños y adolescentes en centros tutelados, incluida la problemática transición tras la mayoría de edad.

También el artículo de David Urchuaga y compañía, que registra un 21% de maltrato confesado por los alumnos de primer curso de la ESO en una muestra salmantina, propone mejorar el clima escolar y trabajar la inteligencia emocional.

En fin, creo que el presente monográfico ha logrado el reto que nos trazamos en el grupo de investigación de divulgar trabajos especialmente originales sobre las principales vulnerabilidades de la infancia.

